Apología — Robert Barclay — 260-267

Los estudios humanos que ellos consideran tan necesarios
extracto de la Proposición X § xviii xix, xx, xxi, xxii

§ xviii. Aunque no consideramos los estudios humanos como necesarios, sin embargo de ningún modo excluimos el conocimiento verdadero, el conocimiento que viene de las enseñanzas e instrucciones interiores del Espíritu. He aquí la manera en que el alma aprende los caminos secretos del Señor, viene a conocer los muchos ejercicios y labores de la mente, y por experiencia vivida aprende a superar el mal y sus tentaciones siguiendo al Señor y caminando en su luz, esperando día a día recibir la sabiduría y el conocimiento que vienen directamente de su revelación. El alma guarda estas lecciones celestiales y divinas en el buen tesoro del corazón, como la honesta María guardaba lo que había oído y lo que había observado.[1] Como un buen escriba, el alma saca de este tesoro cosas nuevas y cosas viejas[2] según ese mismo Espíritu mueva y dé libertad. Cuando la gloria de Dios lo requiere, el alma, el templo de Dios, aprende a hacerlo todo para la gloria de Dios.[3] Esta es la buena erudición que consideramos necesaria para un ministro verdadero. Por medio de esta erudición una persona puede instruir, enseñar, y reprender en el momento apropiado, y puede testificar de Dios basándose en su experiencia real, así como lo hicieron David, Salomón, y los santos profetas de antaño, y los benditos apóstoles de nuestro Señor

[1] Lucas 2:19
[2] Mateo 13:52
[3] La traducción de esta oración sigue el latín: *ut gloria Dei postulat, in cujus gloriam anima, quæ templum Dei est, omnia discit agere.* El original en inglés resulta difícil de comprender: "and as need is for the Lord's glory, whose the soul is, and for whom, and with an eye to whose glory, she which is the temple of God, learneth to do all things."

Jesucristo, quienes "testificaron sobre lo que habían visto, oído, sentido, y palpado tocante a la Palabra de Vida" (I Juan 1:1), administrando el don según lo recibieron, como buenos mayordomos de la gracia multifacética* de Dios. No predicaban rumores inciertos de otros que habían recibido de oídas y comprendido meramente en el intelecto, mientras que dentro de sí no lo conocían en su propia experiencia. No enseñaban cómo creer mientras que ellos mismos no creían, ni cómo superar el pecado mientras que ellos mismos quedaban esclavizados al mal como todos los que carecen de la gracia, ni cómo creer y esperar en un premio eterno mientras que ellos mismos no lo habían logrado.[4]

§ xix. Vamos a examinar este estudio que ellos consideran tan necesario para un ministro; en primer lugar el conocimiento de las lenguas, por lo menos latín, griego, y hebreo. Esto es para poder leer la Escritura, que profesan* como su única regla, en las lenguas originales y así ser más capaz de comentar e interpretarla. Los protestantes primitivos valoraban este conocimiento aun más a causa de la barbarie que oscurecía el mundo en los siglos antes de la reforma; antes de esa época el conocimiento de las lenguas estaba casi totalmente perdido y extinto, hasta que fue restaurado por Erasmo y algunos otros en esa era. Y esta barbarie era aun más abominable porque toda la adoración y las oraciones del pueblo se hacían en latín, y de todos aquellos sacerdotes, monjes y frailes apenas uno entre mil comprendía el breviario o la misa que leía y repetía a diario. Las Escrituras, eran un libro sellado, incluso el conocimiento literal de la misma, no sólo al pueblo sino también a gran parte del clero. No critico el celo de los

[4] Latín: *ad credendum & expectandum sempiternam mercedem, hortantur, dum ipsi hanc non habeant fidem, nec spem,* "exhortando hacia la creencia y la esperanza en un premio eterno, mientras que ellos mismos carecían de fe y esperanza."

primeros reformadores contra esta oscuridad Babilónica, ni sus esfuerzos piadosos para traducir las santas Escrituras. Creo que lo hicieron honestamente según su conocimiento, para satisfacer los deseos razonables de los que querían leerlas, y con otras buenas razonas tales como mantener la comunicación y el entendimiento entre varias naciones por medio de estas lenguas comunes. Pensamos que es necesario y encomiable que se establezcan escuelas públicas para enseñar estos idiomas a los jóvenes que se inclinan a estudiarlos. Aunque esa ignorancia papista merece ser aborrecida y odiada, sin embargo vemos que la reforma verdadera no consiste en este estudio. Desde aquel entonces los papistas, emulando a los protestantes, se han aplicado más a este tipo de estudio y ahora florece más que nunca en sus universidades y claustros, especialmente entre los jesuitas; pero todavía están tan lejos como antes de la reforma verdadera, y aun más endurecidos en sus doctrinas perniciosas.

Nada de esto es un requisito necesario para un ministro, y mucho menos un requisito más necesario que la gracia de Dios y su Espíritu, porque el Espíritu y la gracia de Dios pueden suplir la carencia de este conocimiento en las personas más ignorantes e incultas. Pero este conocimiento no puede suplir la carencia del Espíritu en las personas más eruditas y elocuentes. Todo lo que un hombre puede interpretar de las Escrituras por su propia industria, erudición y conocimiento de lenguas no es nada sin el Espíritu; no puede tener certidumbre sobre su interpretación y en realidad puede hasta malentenderlo. Pero cuando un hombre pobre escucha la lectura de las Escrituras, sin conocer ni siquiera una letra, puede decir por el mismo Espíritu que es verdad, y por el mismo Espíritu puede entender e interpretarlo si fuera necesario. Ese hombre puede reconocer que su condición es igual a la condición y la experiencia de los santos de antaño, y puede conocer y poseer las verdades expresadas en la lectura

porque están selladas y atestiguadas en su propio corazón por ese mismo Espíritu.

Tenemos mucha experiencia de esto en los muchos hombres analfabetos que Dios ha levantado para ser ministros en la iglesia de hoy. Algunos por su Espíritu han corregido ciertos errores de los traductores, como dije en la tercera proposición tocante a las Escrituras. Yo mismo conozco un zapatero pobre que no puede leer ni una palabra, que fue llevado ante el magistrado de la ciudad por haber predicado a unas personas que vinieron a escucharlo, y allí públicamente un profesor de teología se le enfrentó con una cita falsa supuestamente de la Escritura. Conozco al zapatero que vive todavía. Aunque el profesor, considerado erudito, insistía que lo que decía era de las Escrituras, este zapatero dijo que el profesor mentía, y que el Espíritu de Dios jamás había dicho tal cosa. No lo dijo por conocimiento de la letra, sino por la muy cierta evidencia del Espíritu en sí mismo. Cuando se trajo una Biblia, resultó que el zapatero tenía la razón.[5]

§ xx. La segunda parte de sus estudios es la lógica y la filosofía, un arte tan innecesario para un ministro verdadero que si alguien que llega a ser ministro lo ha estudiado, es mejor que lo pierda y lo olvide. Es la raíz y cimiento de toda contienda y debate; en vez de hacer las cosas más claras, las hace más oscuras. Fingiendo gobernar la razón de la persona con orden y reglas claras para que pueda descubrir la Verdad, lo mete a un laberinto de controversia que se presta mejor para hacerlo escéptico que cristiano, y mucho menos para hacerlo un ministro de Cristo. Es más, esto a menudo impide entender cosas que su propia razón bien podría haber demostrado. Por medio de numerosas reglas y

[5] Latín: *affirmare non dubitavit, hallucinari professorem, & Spiritum Dei, quod alter affirmabat, nunquam dixisse*, "No dudó en decir que el profesor estaba alucinando, y que el Espíritu de Dios nunca dijo lo que el otro afirmaba."

varios tipos de conceptos que se han inventado, a menudo empuja a un hombre de poca razón natural a hablar interminables necedades sin propósito alguno. Sin ser muy sabio, un hombre puede ser un perfecto practicante de la lógica, y si quieres convertir un hombre nada sabio en bufón, simplemente enséñale lógica y filosofía. Antes pudiera haber sido capaz de hacer algo, pero después no será capaz de nada más que de hablar tonterías; estas nociones nadarán en su cabeza y lo tendrán muy ocupado en nada. Los hombres sabios y sólidos usan esto sólo para demostrar cuán inútil es. Tal hombre dice, "es un arte de contienda y oscuridad, que hace todas las demás formas de conocimiento más oscuras y más difíciles de entender." ... Por esta razón el apóstol Pablo, que bien comprendía lo bueno y lo dañino para ministros cristianos, exhortó a los Colosenses: "Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas" (Colosenses 2:8). Y a su querido discípulo Timoteo también le escribe: "Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas pláticas sobre cosas vanas, y los argumentos de la falsamente llamada ciencia" (I Timoteo 6:20).

§ xxi. La tercera y principal parte de sus estudios es la teología escolástica, un monstruo[6] compuesto de una mezcla de nociones escriturales de la verdad con algunos términos y axiomas* paganos; por así decirlo, es la filosofía pagana cristianizada, o mejor dicho el conocimiento literal y externo de Cristo paganizado.[7] Es el hombre en su natural y caída condición con su sabiduría diabólica, complaciéndose

[6] El concepto original de un monstruo era algo raro y antinatural, especialmente una criatura que mezclaba partes humanas con las de animales; un nacimiento monstruoso quería decir un recién nacido malformado.

[7] La escolástica fue una corriente teológica en las universidades medievales de Europa. Intentó armonizar la teología cristiana con la filosofía antigua griega, especialmente la de Aristóteles. Su figura más destacada fue Tomás de Aquino.

con nociones de la verdad decoradas con su mundanal sabiduría de sierpe, porque piensa que la sencillez de la Verdad es muy baja y humilde para él. Desprecia esa sencillez dondequiera que la encuentre, para así exaltarse a sí mismo, inflado con este nacimiento monstruoso. Es el diablo con su sabiduría sensual y carnal que eclipsa, oscurece y oculta el conocimiento de Dios, para así poder mejor engañar el corazón de los sencillos y hacer la Verdad despreciable y difícil de conocer y entender, multiplicando miles de preguntas difíciles e inútiles, controversias y debates sin fin. Alguien que perfectamente docto en todas estas complicaciones no es menos esclavo del pecado que antes, sino que lo es diez veces más por exaltado y orgulloso de la iniquidad. Está más lejos de recibir, entender o aprender la verdad en su desnuda sencillez porque en su propia opinión se ve autosuficiente, erudito, rico, y sabio. Los que son diestros en esto agotan sus días y malgastan su tiempo precioso merodeando las infinitas e innumerables cuestiones que han inventado y fingido tocante a la verdad. Alguien lo llamó, "Una disciplina doble, como los centauros, en parte procedente de lecciones divinas, y en parte de razones filosóficas." ... Creo que lo sencillo, lo simple, y lo breve de las Escrituras mismas debe ser suficiente para refutar este tipo de conocimiento. Los apóstoles eran hombres honestos, sencillos, y analfabetos, y hoy ese tipo de persona puede entenderlos mejor que con toda esa masa de nadería escolástica que jamás pensaron ni Pedro, ni Pablo, ni Juan.

§ xxii. Este invento de Satanás, con lo que comenzó la apostasía, ha llevado a consecuencias peligrosas. Lo usó primero para contaminar la sencillez de la Verdad, perpetuando la erudición pagana que causó tanta incertidumbre aun entre los llamados Padres, y tantos debates que hay pocos entre ellos que no sólo se contradicen los unos a los otros a causa de esta mezcla, sino que también se contradicen a sí mismos. Cuando la

apostasía llegó a predominar* el diablo sepultó la Verdad (por así decirlo) con este velo de tinieblas y totalmente les cerró la puerta del conocimiento verdadero a la gente. Hizo que los llamados eruditos se ocuparan en cuestiones infructuosas e inútiles, mientras desatendían las verdades serias de Dios, que quedaron en desuso. Aunque los protestantes barrieron los peores abusos, la mala raíz todavía queda. Todavía se mantiene y aun crece la idea de que este tipo de conocimiento es necesario para un ministro. Se sostiene la sabiduría caída y mundanal del hombre, mientras se desprecia, se desatiende y se hace ineficaz el conocimiento puro del Espíritu de la Verdad.

Así el hombre maneja las Escrituras aunque esté fuera de la Vida y el Espíritu en que moraban los que escribieron las Escrituras, el único Espíritu por medio del cual se puede entender y usar las Escrituras correctamente. Un hombre que va a ser ministro tiene que entrenarse en este comercio de las Escrituras; tiene que llegar a ser lo que el apóstol se negó a ser, un traficante que las vende (II Corintios 2:17).[8] De esta manera puede aprender el truco de escoger un versículo de la Escritura y añadir sus propias nociones estériles y conjeturas inciertas y lo que se ha robado de los libros (por esto tiene que tener muchos libros) para que cada día del sabbat[9] (así lo llaman) o hasta más a menudo puede elaborar un sermón de una hora, y a esto le llaman predicar la palabra. Pero desatiende el Don, la Gracia, el Espíritu de Dios para enseñar e instruir, y para predicar una palabra en el momento apropiado.

---

[8] Véase también II Pedro 2:3. RB

[9] En inglés hay dos palabras distintas: *Saturday*, el día después del viernes, y *Sabbath*, el séptimo día observado por los judíos. Los calvinistas usaban la palabra *Sabbath* para referirse al domingo, el día en que se hacían los cultos, etc. En el lenguaje calvinista, los días de la semana eran lunes, martes, miercoles, jueves, viernes, *Saturday*, *Sabbath*.

De esta manera se establece en el Templo de Dios las artes y capacidades humanas, el conocimiento y la sabiduría de abajo, mucho más alto que la pequeña semilla. He aquí el Anticristo obrando en el misterio. El diablo puede ser un ministro tan bueno y capaz como el mejor entre ellos, porque tiene más capacidad en las lenguas, y más lógica, filosofía y teología escolástica que cualquiera de ellos, y conoce las nociones sobre la Verdad más que ninguno y puede hablar con más elocuencia que todos aquellos sermoneadores.* Mas ¿de qué sirve todo esto? ¿No es la muerte, como un sepulcro pintado o un cadáver muerto sin el Poder, la Vida, y el Espíritu del cristianismo, que es el meollo y la sustancia de un ministerio cristiano? La persona que tiene esta esencia y puede hablar desde este cimiento, aunque sea sólo un pastor de ovejas o un pescador pobre, aunque sea ignorante de toda esa erudición y todas esas cuestiones y nociones — sin embargo, cuando habla desde el Espíritu, su ministerio será más eficaz para convertir un pecador a Dios que el de todos aquellos que son eruditos según la carne.

Fuente: Robert Barclay, *Apology for the True Christian Divinity*, Proposition X § xviii, xix, xx, xxi, xxii (Glenside PA: Quaker Heritage Press, 2002) pp. 260-267; y Roberti Barclaii, *Teologiae verè Christianae apologia*, facsimile (Amsterdam: Jacob Claus, 1676) pp. 196-202.